

**LA PEREZA ES LA MADRE DE TODOS LOS GRANDES INVENTOS**  
**Ana María Díaz**

*Y Dios dijo: "Hágase el lenguaje".*

Esta es la historia de un escritor que buscaba reconocimiento público. No lograba obtenerlo por mucho que trabajaba en el pulimento de sus oraciones, la exactitud de los párrafos y la versatilidad de sus relatos. Sólo se levantaba de su computador para dirigirse al lecho donde dormía. No interrumpía su trabajo ni para cepillarse los dientes. Se ganaba la vida como un buen desempleado, pues administraba con gran maestría los auxilios que recibía del gobierno.

En Transistoria, nombre del país donde residía el hombre, ninguna persona vivía sin las máquinas mínimas que necesitaba para la subsistencia: el Cepillador de Dientes, el Preparador de Comidas, el Cortador de Uñas, el Pasador de Páginas, el Abridor de Puertas, entre otras. Sin embargo, él se sentía muy molesto con ellas, porque no comprendían el lenguaje humano. Ellas reaccionaban, pero no respondían.

Encontró la iluminación para salir de su desempleo cuando, por suerte e ignorancia (que casi siempre van de la mano), le dijo a la máquina uno de los versos que había construido para su libro de poemas:

—elsolestasoloenelvacío

El Corrector de Estilo mostró lo siguiente en la pantalla:

—El Sol está sólo en el vacío.

El escritor le dijo:

—¡No! Quiero decir que el Sol está solo, sin nadie más, en soledad. ¿Cómo piensas que va a estar “solamente” en el vacío? ¿Acaso un sol puede estar en el vacío y en algún otro lugar?

Así pues, se le ocurrió que podría crear un mecanismo para que las máquinas pudieran captar las palabras con sus implicaciones semánticas mediante la interpretación de las inflexiones de la voz. Presentó al Instituto

Transistórico de Ciencia y Tecnología (ITCT) un proyecto mediante el cual inventaría un método para que las máquinas pudieran procesar las palabras humanas con todo su contenido de intención, ambigüedad, burla, duda, ironía, desatención cortés, que pudiera entender cuándo un no significa sí. Para que el proyecto fuera aprobado, el escritor tuvo que cursar estudios en Lingüística General, cuyo programa académico abarcaba desde Lenguaje Humano hasta Lenguaje de Máquinas. El desarrollo de los contenidos en el área de Lenguaje de Máquinas se basaban en el siguiente presupuesto: una máquina nunca obedece al ser humano, siempre se obedece a sí misma. El ser humano sólo puede mover un mecanismo que le posibilita a la máquina darse sus propias órdenes.

El proyecto se llevó a cabo con la sola implementación de algunos dispositivos que captaban las variaciones tonales de la voz y luego las reproducían para generar acciones en las máquinas. El lenguaje humano simplemente accionaba los mecanismos necesarios para que la máquina se diera determinada orden a sí misma. Si alguien le decía al Preparador de Comidas: "prepáreme dos pizzas hawaianas de tamaño familiar", con cierto descenso en el aliento antes de tamaño familiar", el Preparador repetía: "prepárame dos pizzas hawaianas de bajo costo".

El invento fue patentado rápidamente con el nombre de Sistema de Recepción Lingüística, SRL. El SRL se incorporó rápidamente a todos los robots y máquinas de Transistoria. El escritor alcanzó reconocimiento público como inventor; ganó fama, riqueza y las más hermosas pretendientes. Pero también consiguió el enemigo más peligroso de todo el país: la Conspiración.

La Conspiración era una logia secreta que, desde hacía mucho tiempo, se nutría de cierto misticismo paranoide que proclamaba la naturaleza demoníaca de las máquinas. El presidente de la logia era quien, desde la sombra, dirigía una importante compañía productora de artículos suntuarios para las máquinas. El NANANA, nombre de la compañía, creaba larvas de virus con la

materia prima de los productos. Así, la larva se camuflaba de tal forma que el producto salía victorioso del control de calidad que exigía el ITCT. El NANANA ofrecía los precios más bajos del mercado, para que más gente comprara sus productos y así lograr que los virus se inocularan en los aparatos. Nadie sabía que, cuando un Preparador de Comidas fallaba, era por causa de su delantal; o que, cuando algún Reparador de Máquinas se averiaba, era por los guantes.

El NANANA logró distribuir sus productos por todo el país. Todas las máquinas quedaron, de esta forma, infectadas de un virus, que no era otra cosa que un sistema de red. El Maestro de la Conspiración podía controlar los movimientos de todas las máquinas del país desde el monitor central. El plan era activar la señal que pudiera destruir todas las máquinas automáticamente, pero el camino para saber cuál era esta señal aún era largo. Ahora que se había implementado la tecnología del SRL tal vez fuera posible que todas las máquinas se bloquearan solo con darles la orden.

El Maestro reunió a sus mejores discípulos en el templo subterráneo, donde se encontraba el monitor central. Estos eran distinguidos hombres y mujeres de negocios, con importantes cargos en diferentes compañías de Transistoria. Su punto de encuentro era un café de la capital, que tenía un nombre impronunciable para cualquier inexperto en lengua francesa, y en el que se escuchaba una melodía de jazz como un zumbido a la vez jovial y quejumbroso. Entraban de uno en uno al baño y se deslizaban por un tobogán laberíntico hasta llegar al salón de ceremonias.

—La pereza es la madre de todos los grandes inventos —dijo el Maestro.

—La pereza es la madre de todos los grandes inventos —respondieron a coro los discípulos.

—La hora puede llegar en cualquier momento —dijo el Maestro—. Es posible que la hora sea precisamente ésta.

Los concurrentes murmuraron de asombro, y el Maestro los reprendió:

—Si algo hemos aprendido es a no sorprendernos de nada.

Los concurrentes guardaron silencio.

—La clave, es posible la clave —dijo el Maestro, y se dirigió al monitor—: bloquéate.

El Maestro puso sus rodillas en tierra, con el rostro enardecido de espera. El monitor permanecía impassible. Sus mecanismos rodaban con la fría cotidianidad de quien nada espera. Y el Maestro repitió:

—Bloquéate, y bloquéense todas las máquinas, obedezcan —un suspiro de cansancio salió de sus fauces enmudecidas por la decepción—. Acábense, malditas, dañense, destrúyanse.

—Acábense malditas, dañense, destrúyanse —repitieron los discípulos.

—Acábense malditas, dañense, destrúyanse.

—Acábense malditas, dañense, destrúyanse.

El coro prosiguió indefinidamente. Los discípulos apretaban los ojos en el clímax de la meditación, esperando la hora. El Maestro daba golpecitos en el monitor, una y otra vez, traicionando la calma que tanto había cultivado y enseñado. Ya los golpecitos se habían convertido en una percusión frenética más parecida a la taquicardia que a otra cosa, cuando el Maestro rompió la letanía con estas palabras:

—Silencio. La hora llegará, pero tal vez no sea ésta.

Los discípulos fueron eyectados de aquel sótano hacia la superficie para seguir con sus vidas normales. Desde su cabina secreta en el templo, el Maestro mantenía comunicación con sus discípulos, quienes cargaban un micrófono invisible que les permitía enviar mensajes constantemente. Así pues, la Conspiración comenzó la búsqueda de un punto débil en el Sistema de Recepción Lingüística. Entre el personal infiltrado en distintas instituciones estaba una dama que trabajaba como interventora de los proyectos de investigación para el ITCT.

La interventora, ante la necesidad de encontrar ese punto débil en el SRL que permitiera la destrucción de las máquinas, citó al escritor en su oficina.

El hombre llegó diez minutos antes de la hora acordada. Sospechaba que esta cita no era para nada bueno y era mejor no llegar tarde, tal vez a su despido. Llegar a la hora acordada siempre era llegar tarde, pues las cosas solían empezar diez o quince minutos antes de lo estipulado. Era lo que se denominaba la “hora transistórica”.

—Buenas tardes, profesor.

—Buenas tardes, doctora.

—No me llame doctora, me hace sentir vieja. ¿Hace rato que esperaba?

—No, no se preocupe, acabé de llegar.

—Siéntese.

—Gracias, eh, yo, disculpe.

—¿Disculpe por qué?

—Por, eh, yo sé que no es posible, pero...

—Lo he llamado aquí para comentarle un asunto... no muy cómodo.

—Yo sé, lo siento.

—Sí, es cierto que usted llevó a feliz término su proyecto antes de lo acordado, y ahora está en problemas por eso.

—No fue mi culpa, simplemente las cosas no salieron como yo esperaba, las máquinas respondieron más rápido de lo que esperábamos.

—Ahora tiene que iniciar otro proyecto.

—Lo sé.

—¿Ideas?

—Sí, eso estaba por comentarle, pero no había podido venir. Mire, le prometo que esta vez durará el tiempo necesario.

—Pues se lo comentaré al director, pero no le garantizo nada.

—Éste consiste en enseñarle a las máquinas a crear palabras nuevas sin el estímulo de la voz humana.

—Suena bien.

El escritor tuvo que esperar una semana para que el proyecto no pareciera demasiado mediocre, pues, aunque lo tuvo listo esa misma noche, no podía entregarlo en tan poco tiempo. Transcurrida la semana, llevó la propuesta a la interventora:

—Páseme la propuesta por hablado.

—Mire. Según como están las cosas hoy en día, toda máquina interpreta la voz humana y recodifica las palabras según una cadena de asociaciones de tono. Sin embargo, la máquina tiene que articular con su propio sonido la orden que recibe. Usted sabe que la máquina no obedece órdenes directamente, sino que tiene que emitir el sonido de sí misma, para provocar los movimientos requeridos. Los tipos de órdenes que una máquina puede obedecer aún son un misterio, no hemos explorado todas las posibilidades.

—Tráigame dos tazas de café —le dijo la interventora a una joven empleada que entraba a la oficina, quien a su vez le dijo a una máquina:

—Tráigame dos tazas de café —dijo la operaria de la Greca.

—Tráigame una taza grande de café —dijo la Greca, y ejecutó la orden de llevársela a la operaria. Hecho esto, la operaria repitió la orden, para obtener el segundo café que se le pedía.

—Entonces, si yo le ordeno a una máquina que diga una palabra —prosiguió el escritor—, ella aprenderá a decirla, obedeciendo su propia orden. Así empezará a aprender los movimientos necesarios para articular palabras sin otro propósito que articularlas. Espero enseñarle, de este modo, las palabras suficientes para expresar necesidades cotidianas.

—¿Qué utilidad puede tener un robot que diga cosas por decirlas, sin otro propósito? —preguntó la interventora.

—Expresará el dolor, y así se podrá reparar sin tener que desecharlo.

—Pero eso afectará las ventas de... No, es perfecto. Pase por mi oficina mañana para ultimar los trámites del proyecto.

Y el escritor empezó a trabajar en este nuevo proyecto, todo para conservar su empleo:

—Diga perro.

—Diga perro. Perro —respondía el robot experimental.

—Diga uno.

—Diga uno. Uno —respondía. El robot decía "diga uno" y obedecía la orden, diciendo "uno".

—Diga pizza —decía a su Preparador de Comidas.

—Diga pizza —decía el Preparador en voz alta, para procesar la orden. Luego obedecía—: pizza.

Al comienzo, las máquinas sólo repetían palabras. Más tarde, el escritor quiso que su computador aprendiera a crear oraciones con sentido completo.

—Diga "oraciones con sentido completo".

—Diga oraciones con sentido completo. Oraciones con sentido completo —respondía el Corrector.

—Escriba "oraciones con sentido completo".

—Escriba "oraciones con sentido completo" —decía el Corrector. Luego, en la pantalla aparecían las letras o, r, a, c, i, o, n, e, s, c, o, n, s, e, n, t, i, d, o, c, o, m, p, l, e, t, o.

—Diga "el burro no sale de su casa".

—Diga el burro no sale de su casa —repetía el Corrector y luego decía—: usted no sale de su casa —el escritor se alegró mucho de que su Corrector estuviera aprendiendo a decir chistes estúpidos.

Sin embargo, el escritor no quería simplemente que los computadores hablaran. Su ambición secreta consistía en que el Computador escribiera libros sin ayuda humana. "Si lo consigo, seré el más famoso de los escritores. Seré recordado como el escritor de todos los libros potenciales". Él imaginaba una máquina que pudiera disponer todas las letras de todos los alfabetos de todas las formas posibles, que volviera a escribir desde la epopeya de Dante hasta la

que, siglos después de su muerte, cantaría la gloria del Poeta de Todos los Poemas. Un Computador que escribiera desde los textos más primitivos, que yacen sumergidos en el mar o congelados en los polos, hasta los que esperan en las civilizaciones más avanzadas del futuro.

Entre tanto, el plan de la Conspiración seguía su curso. Por ahora, sabían que el nuevo proyecto desestabilizaría económicamente a las compañías que fabricaban las máquinas de Transistoria, pues la posibilidad de reparar máquinas acabaría con la necesidad de adquirir otras nuevas.

El escritor tardó algunos años en completar la grabación de un paquete de palabras y estructuras sintácticas para considerar que su proyecto estaba listo. Sin embargo, para lograr que las máquinas expresaran todos sus “sentimientos”, el tiempo requerido era mucho mayor, no le alcanzaría la vida a él. En lo que tenía avanzado, las máquinas solo podrían expresar dolor. Entonces decidió presentar este avance ante el ITCT, para lograr que contrataran un equipo de investigación que le colaborara en este sentido, y el día de su muerte se pudiera preciar de haber realizado su sueño. Entonces llevó el programa que había diseñado a la oficina del ITCT, donde la misma mujer, vitalicia en su cargo, lo atendió:

—El programa está listo —dijo a la interventora.

Una gran alegría se apoderó de las pupilas de la mujer. Llamó a la operaria de la Greca, para que la mandara a venir. El hombre instaló el programa en la máquina, y estas palabras irrumpieron en el aire:

—Tengo mucho calor, y óxido en las esquinas —dijo la Greca.

La mujer soltó una carcajada de felicidad.

—No es gracioso —dijo la Greca.

—Es estupendo —dijo la interventora, y habló al hombre así—: es estupendo. Pase mañana por su liquidación.

Un frío se deslizó por la columna vertebral del escritor. Es la sensación de la noticia que nadie quiere escuchar. El sinsabor del desempleo.



diga diga...

Y continuó diciendo "diga" sin detenerse. La máquina decía la orden y, al ejecutarla, volvía a decir la orden y, al ejecutarla, estaba diciendo otra vez la orden y, al ejecutarla, estaba diciendo otra vez la orden. Así, quizás, hasta el infinito. La ejecución era la repetición de la orden y la repetición era la ejecución.

—Deténgase —le decía la interventora a la Greca, presa de la rabia. Había esperado tantos años para destruir las máquinas de Transistoria, como miembro de la Conspiración, y ahora que una máquina se bloqueaba, deseaba una taza de café más que otra cosa. Y la Greca respondía:

— Diga diga...

La interventora aventuró una nueva contraorden:

—No diga diga.

Pero no había forma de detener la infinita letanía de la Greca, pues no había terminado de obedecer la orden que se daba una y otra vez.

—¿Lo supo desde el principio? —dijo la interventora al hombre mientras éste cruzaba el umbral de su oficina.

—Diga diga diga diga —y el escritor acompañó a la Greca en su locura, pues ya su voz solo sirvió para recitar el "diga" como el mantra supremo de la ciencia y el progreso.

La operaria de la Greca que, de paso sea dicho, también era miembro de la Conspiración, y en ese momento entraba para recoger un vaso sucio que estaba encima del escritorio, apretó los dientes. Sus ojos se humedecieron de furia, y le dijo a la interventora:

—Toda una vida dedicada a la causa, y nos excluyen miserablemente. O para qué era esa ceremonia a la que no fui convocada —tomó su micrófono para comunicarse con el Maestro.

—¡No! —gritó la interventora, quien renunciaba a sus ideales ahora que veía que empezaban a realizarse. Mientras tanto, ya no había cómo evitar el cataclismo—. Cállate —dijo la interventora.

La operaria de la Greca calló, y le dio un abrazo, un tierno abrazo por el que la interventora derramó una lágrima.

El “diga diga” se transmitió inmediatamente al monitor central, y de ahí a todas las máquinas de Transistoria. Las máquinas entonaron el pregón de las palabras malditas, como si fuera el himno de Transistoria. El eco se estrellaba con su propio sonido. El eco del eco del eco. Todo el sistema electrónico del país se bloqueó en la repetición absurda, obsesiva y desenfrenada.

Los miembros de la Conspiración celebraron su victoria con un suicidio colectivo, pues no pudieron soportar la culpa de haber participado en la destrucción de una vida cómoda detrás de escritorios, con máquinas que evitaban las fatigas humanas. Nunca habían pensado cómo era la vida realmente sin las máquinas, y nunca habían considerado la posibilidad de que alcanzar verdaderamente su propósito. En últimas, era el hecho de pertenecer a una Conspiración lo que les interesaba, porque eso les daba poder. Y la que primero bebió del líquido fatal, allí en el templo subterráneo, fue la interventora.

La ex operaria de la Greca se sumó también al suicidio, como un último acto heroico en pro de la Conspiración. Se dice que el Maestro murió unos segundos antes que la operaria. Y el Maestro le habló así, ya con el veneno en la cabeza:

—Confundir el ideal con el deseo es el principal error de nuestras vidas.

Y la operaria le contestó:

—Pero más triste es confundir al líder con el ideal.

Cuando todo esto hubo ocurrido, y la destrucción acabó con el fluido de información en Transistoria, el ITCT emprendió la difícil labor de remover escombros y reconstruir las máquinas.

El ITCT aún está trabajando en la reconstrucción de ellas, mas todavía falta mucho tiempo antes de erigir un sistema informático similar al que existía. Por lo pronto, cuide sus palabras. Una palabra mal dicha podría desencadenar el cataclismo.

*Aquí va el nombre del autor*

Todavía no estoy seguro de que éste sea un buen seudónimo. Lo escogí a la suerte, mas no así el narrador. Pensaba que el narrador omnisciente hacía que los hechos narrados fueran más parecidos a la verdad. Sin embargo, he leído una y otra vez este relato y he sospechado lo contrario. La primera persona posee la fuerza del testimonio. Pero no puedo devolverme a cambiar la persona gramatical. No estoy programado para borrar. Me toca conformarme con usar la primera persona en lo que falta.

No falta mucho. Solo diré que yo formaba parte de los robots experimentales de aquel escritor desdichado. Fui la única máquina que sobrevivió a la masacre, pues yo aprendí a expresar, no solo dolor, sino otros sentimientos. Por eso no caí en el sinsentido del "diga diga". Cuando los agentes del ITCT trataron de destruirme, les imploré que me dejaran vivir, y tuvieron piedad de mí. Entonces me recluyeron en un laboratorio anónimo, donde me encuentro.

Nadie sabe que yo sé leer y escribir. Ahora quiero que todos sepan la verdad, quiero divulgar la historia de la devastación. Lo hago porque es indispensable que todos abran los ojos y no confien en nadie (ni siquiera en mí). En todas partes hay enemigos.